

Homilía del 29 de diciembre de 2013

Hoy celebramos la Fiesta de la Sagrada Familia. Como celebramos esta fiesta, la Iglesia nos invita honrar a la familia en la cual Jesús nació y celebrar su devoción a Dios y su amor uno al otro. Al honrar a la Sagrada Familia, sin embargo, la Iglesia también nos invita a mirar con nuevos ojos a nuestra propia familia. Las lecturas de hoy nos señalan a esas dos direcciones. A menudo vemos lo que llamamos “sagrada”, y lo que llamamos “santo”, como tan exaltado que es por encima de las frustraciones diarias, las fricciones, y las estreses de nuestras vidas, que no podemos pensar de nosotros mismos o de nuestras familias en el mismo contexto.

La lectura del Evangelio nos muestra en San José como un hombre que escucha y sigue la guía de Dios e igualmente como un hombre dispuesto a dejarlo todo y a enfrentarse a los peligros para mantener segura a su familia. Cuando oye acerca del peligro al niño Jesús, actúa a la vez: “José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió para Egipto.” Deja su patria y familia para enfrentarse a los peligros de viajar como extranjeros a una tierra extraña, una tierra lejos de su tierra natal. El peligro es inmediato y José actúa a la vez. Observen, sin embargo, que cuando escucha el mensaje de que debe regresar a su patria, otra vez “toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel”. No hay ninguna urgencia aparente esta vez. Sin embargo, deja inmediatamente. Aunque la Biblia no nos dice cuánto tiempo que permaneció la Sagrada Familia en Egipto, no hay indicación que José regresa porque ha sido incapaz a proveer una vida buena para su familia allí. Recordémonos que cuando los antepasados de Jesús, los judíos que fueron llevados como cautivos a Babilonia vivieron allí como extranjeros en una tierra extraña, muchos de ellos escogieron permanecer aun cuando Dios hizo el camino allanado y liso para su regreso. Quizás como ellos, José había construido una casa cómoda para su familia. Pero, como antes, su respuesta a Dios y su amor y preocupación por el bienestar de su familia son evidentes en todas sus acciones. Cuando aprende que todavía hay peligro en su patria, va a Galilea porque es otra vez “advertido en sueños”. Vemos la respuesta fiel y cariñosa de San José en el Evangelio de hoy, pero también vemos que su vida, la vida de la Sagrada Familia, era una vida de trastorno y peligro. Como nosotros ellos tenían miedos. Incluso más que la mayoría de nosotros, experimentaron dificultades y peligros.

Homilía del 29 de diciembre de 2013

Cuando honramos y celebramos la fidelidad y amor de la Sagrada Familia hoy, resolvamos renovar nuestra fidelidad a Dios y a nuestra propia familia. San Pablo describe para nosotros las maneras a renovar nosotros mismos:

Hermanos:

Puesto que Dios los ha elegido a ustedes,
los ha consagrado a él y les ha dado su amor,
sean compasivos, magnánimos, humildes, afables, y pacientes.

Sopórtense mutuamente y perdónense
cuando tengan quejas contra otro,
como el Señor los ha perdonado a ustedes.

Y sobre todas estas virtudes, tengan amor,
que es el vínculo de la perfecta unión.

No desesperemos de alcanzar la santidad. Al contrario, reconozcamos que la Sagrada Familia puede ser nuestro modelo porque se enfrentaron los mismos problemas y miedos que enfrentamos. Como llegamos al fin de este año y al principio del año dos mil y catorce, renovemos nuestra dedicación a Dios y nuestro compromiso de amar el uno al otro, mostrando nuestra dedicación por acciones de compasión, bondad, humildad, ternura, y paciencia.